

LAS DOS GRANDES LINEAS HISTORIOGRAFICAS EN TORNO A LA REVOLUCION FRANCESA

MIGUEL G. CAMACHO.

La Gran Revolución Francesa (para diferenciarla de las varias que ha habido) ha sido, es y seguirá siendo, motivo de intensas controversias. Con motivo de la celebración del Bicentenario de su iniciación la discusión llegó al paroxismo: se cuestionó seriamente la importancia de celebrar un nuevo aniversario de dicho acontecimiento y aún más de pretender relacionarlo con la contemporaneidad. Esta polémica ha agitado todas las esferas de la sociedad francesa en los últimos tiempos y en el campo de la investigación histórica la discusión naturalmente ha sido especialmente ardua, no sólo por lo que compete a la disciplina científica en sí, sino también por las implicaciones políticas de la discusión.

Modernamente, la controversia ha girado, muy especialmente desde finales de los años 60, en torno a dos figuras: Albert Soboul y François Furet. Soboul (fallecido en 1982) fue el último poseedor de la cátedra de la Revolución Francesa en la Sorbonna y el último gran baluarte de una tradición interpretativa: "Diez años de peripecias revolucionarias transformaron de manera fundamental la realidad francesa, respondiendo por lo esencial a los deseos y opiniones de la burguesía y de los poseedores. Los últimos vestigios del feudalismo fueron abolidos, la aristocracia del antiguo régimen quedó destruida en sus privilegios, reducida en su preponderancia social. Al hacer tabla rasa de todas las supervivencias feudales, al eximir y liberar a los campesinos de los derechos señoriales y de los diezmos eclesiásticos, en una cierta medida también de las dependencias y obligaciones comunitarias, al destruir los monopolios corporativos y al unificar el mercado nacional, la Revolución aceleró la evolución y señaló una etapa decisiva en la transición del feudalismo al capitalismo. Por otra parte, al destruir los particularismos provinciales y los privilegios locales, al romper la osatura estatal del Antiguo Régimen, hizo posible la instauración, del Directorio al Imperio, de un Estado moderno que respondiese a los intereses económicos y sociales de la burguesía." ¹

¹ Albert SOBOUL: *La revolución Francesa, Principios ideológicos y protagonistas colectivos*, Editorial Crítica, Barcelona 1988, p. 422-423 (la edición original francesa apareció en 1982, poco antes de su muerte).

Esta tradición ha sido la dominante en el mundo cultural francés desde finales del siglo pasado hasta hace relativamente pocos años y dominó durante la existencia de la silla catedrática sobre la Revolución Francesa en la Universidad de la Sorbonna (creada en 1886 en vistas al primer centenario y abolida, como todas las demás, en mayo del 68).² Este modelo de interpretación se fundamentaba en una antigua tradición iniciada desde la restauración por la escuela histórica liberal y que incluía a los historiadores (y estadistas) de la restauración Francois Guizoty Adolphe Thiers, así como los pensadores socialistas del XIX (bien conocidas son las numerosas referencias de Marx, p.ej.) y que en los primeros años de este siglo Jean Jaures cristalizó en su "Historia socialista (1789-1900)": La revolución sería un fenómeno social y por lo tanto determinado por lo económico, en el cual el movimiento espiritual y filosófico había jugado un gran papel.³

Por la cátedra de la Sorbonna pasaron, entre otros, historiadores de la talla de Aulard, Mathiez y Lefebvre y, de una manera sorprendente, el modelo de análisis iluminado (que no determinado) por el marxismo se convirtió desde la Sorbonna en el modelo interpretativo oficial del estado francés en el sistema de la enseñanza en lo que tocaba a la R.F.; sintomáticamente la cátedra fué calificada por la derecha de bastión del jacobinismo. A lo largo del siglo XX la interpretación de la Revolución se fué profundizando y diversos énfasis fueron impuestos en los análisis (Mathiez: aspectos sociales del jacobinismo y de la Iglesia; Lefebvre: el papel social del campesinado y los modernos métodos estadísticos en el análisis histórico; Soboul: las realidades urbanas del movimiento popular, especialmente los "sans culottes" parisinos para mencionar algunos de los principales temas tratados)⁴ no sin que permanentemente otra visión luchara denodadamente por menoscabar el prestigio e influencia de esta tradición interpretativa.

Especialmente desde los años 50 los contradictores de la escuela oficial (y por lo tanto convertida ya para entonces en "clásica") renovaron sus ataques, los cuales -hay que decirlo- estimularon el desarrollo y profundización de los estudios y análisis modernos. De manera curiosa fueron primero los historiadores ingleses y norteamericanos quienes cues-

² Una interesante reseña sobre la cátedra de la revolución Francesa en esa Universidad y sobre el significado de ella en la vida universitaria se encuentra en el artículo de Michele Vovelle: "La Sorbonne: la galerie des ancêtres", en: Magazine Littéraire, No. 258, Oct 1988, pgs. 74 ss.

³ Véase especialmente la introducción a dicha obra. Soboul reeditó en seis tomos esta obra revisando y anotando el texto original (Paris 1968-1972)

⁴ Existen numerosísimas bibliografías sobre la revolución. De las pocas accesibles en nuestro medio casi ninguna es comentada, pero dos bastantes buenas son los anexos de Norman HAMPSON: Historia social de la revolución Francesa, Alianza Editorial y en el ya mencionado libro de SOBOUL: La Revolución Francesa principios ideológicos...

tionaron tras la segunda guerra mundial la escuela clásica Alfred Cobban⁵ (profesor de Historia Francesa en Londres) cuestionó el carácter antifeudal de la revolución puesto que, según él, el feudalismo no existía ya esencialmente en la sociedad francesa para fines del s XVIII. La escuela clásica respondió que efectivamente no se podía hablar de un feudalismo en el sentido pleno de la palabra, sino de una "feudalidad" o sea un feudalismo tardío, en el cual elementos y estructuras favorecían la conservación de las fuerzas sociales, estructuras económicas y el aparato estatal de carácter feudal.⁶

Por los mismos años R.P. Palmer⁷ y J. Godechot⁸ sostuvieron la tesis según la cual la R.F. no había sido más que otro acontecimiento de la "gran Revolución atlántica" operada en Europa desde el siglo XIV con la emergencia de las estructuras capitalistas con un eje localizado en ese Océano (y produciendo el abandono del tradicional "eje civilizatorio" mediterráneo): ella fué "un aspecto de una revolución occidental o más exacto atlántica, que se inició en las colonias inglesas de América poco después de 1763 y que continuó en las revoluciones de Suiza, los Países Bajos, Irlanda antes de alcanzar entre 1787 y 1789 a Francia. Partiendo de Francia volvió a actuar en los Países Bajos, la Alemania renana, Suiza, Italia, Malta, el Mediterráneo oriental y Egipto.. Luego se expandió hacia otros países de Europa y a la América española. La Revolución francesa se debe considerar por lo tanto como constituyente de la revolución atlántica.⁹ Esta tesis no resistió demasiado tiempo ante la reivindicación unánime en Francia del carácter nacional específico de su desarrollo capitalista (sentimiento tan fuerte a comienzos de los 60 que implicó incluso la

⁵ A History of modern France, Vol I. London 1957

⁶ La polémica con Cobban la adelantó Georges Lefebvre. ver 'Le Mythe de la Révolution Française' en *Annales historiques de la Révolution Française*. Paris 1956.

⁷ "The World Revolution of the West" en: *Political Science Quarterly*, 1954. **The Age of the democratic Revolution. A political History of Europe and America 1760 - 1800**. Princeton 1959. Con Godechot publicó un renombrado artículo: "Révolution française, occidentale ou atlantique" en: *Bulletin de la Société d'Histoire moderne*. 1960.

⁸ J. GODECHOT y R.R. PALMER: "El problema del Atlántico en el siglo XVIII" en: *Relaciones del X Congreso internacional de Ciencias Históricas*, Florencia 1955, T V p. 175. También. *La grande Nation. L'expansion révolutionnaire de la France dans le Monde 1789-1799* (2 Vols.). Paris 1956. *Las Revoluciones*. Barcelona 1975.

⁹ vease GODECHOT J *La grande Nation*. ob cit Vol I p II

salida de Francia de la OTAN bajo el gobierno de De Gaulle).¹⁰

La escuela clásica adujo que esta concepción de una revolución atlántica u occidental en la cual se incluiría la revolución Francesa en una amplia construcción, hacia que ésta cayera en un proceso de fermentación internacional mientras que por otra parte le restaba toda dimensión real y su significado nacional. Por otra parte al colocarla al lado de las revoluciones suizas, irlandesas, etc. "se perdía de vista su profundidad y dimensiones, la dramática intensidad de sus luchas sociales y políticas, el alcance de la ruptura y de lo que ella significó en nuestra historia nacional..."¹¹ y subrayaba a continuación que si se puede hablar de una transformación política y social por lo menos en la Europa continental, ello sólo sucedió como consecuencia de las conquistas revolucionarias y del dominio napoleónico, a la vez que señalaban que en el siglo XIX el desarrollo capitalista no se había limitado al marco del Atlántico norte, para subrayar el carácter universal de la revolución francesa como punto de ruptura del equilibrio entre el período histórico de vigencia del feudalismo y del capitalismo a escala mundial.

En los años 60 Elizabeth Eisensteins y George Taylor¹² (nuevamente historiadores ingleses y cada uno por su cuenta) cuestionaron la existencia de una burguesía al momento de la Revolución. En efecto, la composición social de los órganos políticos demostraba la casi ausencia de burgueses en ellos. La polémica se dirigía especialmente contra la obra de Georges Lefebvre "Quatre-vingt-neuf" y era claro que al colocar en duda la aplicabilidad del concepto Burguesía consecuentemente el carácter burgués de la revolución era controvertido. También se cuestionaba el alcance capitalista de las transformaciones alcanzadas, pues Taylor no encontraba diferencia entre la riqueza capitalista y la riqueza de los propietarios tradicionales. "La cuestión fundamental es saber, si la burguesía de 1789, como se la quiera definir, en lo económico se encontraba enfrentada a otra clase que tuviera otra fuente de riqueza". Al responder negativamente negaba también, tal como Cobban, la

¹⁰ En nuestro país las tesis de PALMER y GODECHOT (este último abandonó esta posición a fines de los años 60) parecieran tener algunas repercusiones como en el caso de Germán Arciniegas, para quien el significado de la Revolución de Independencia norteamericana debe prevalecer sobre la francesa. Sobre el papel de la Revolución Francesa en medio del ciclo de revoluciones burguesas se puede bien consultar a SOBOUL: *Actualidad de la Revolución Francesa*, Montevideo 1969.

¹¹ Albert SOBOUL. "Die klassische Geschichtsschreibung der französischen Revolution", en: Manfred KOSSOK (ed.): *Rolle und Formen der Volksbewegung im bürgerlichen Revolutionszyklus* Berlin 1976, p. 56.

¹² Elizabeth EISENSTEIN: "Who intervened in 1788? A commentary on the Coming of the French Revolution" en: *American Historical Review*. Vol. 71 Oct 1965. pp 77ss
Georg V TAYLOR: "Noncapitalist Wealth and the origins of the French Revolution" en: *ibid.* Vol 72 Jan 1967 pp 469ss

lucha de clases en la revolución enfrentadas como consecuencia de las diferentes formas de riqueza e intereses económicos. La confrontación habría sido de naturaleza puramente jurídica y no económica, una revolución esencialmente política que trajo consigo reformas sociales y no una revolución social con consecuencias políticas.

La respuesta de los "clásicos" fué el análisis de los elementos burgueses y sus organizaciones políticas, así como la capacidad de representatividad que tuvieron las capas medias e incluso las masas populares en pro de lograr condiciones favorables para el desarrollo del capitalismo y la burguesía, en contra de la feudalidad imperante y el privilegio aristocrático y absolutista. Las sesiones del X Congreso Internacional de Ciencia Histórica de Florencia había dedicado una comisión a la discusión del concepto de Burguesía y a esa discusión de unos diez años antes recurrieron los "clásicos", muy especialmente a la contribución de E. Labrousse: "pertenecen a ella el grupo de los funcionarios estatales, empleados y dependientes quienes cumplen funciones de dirección, pero no sujetos a los señores feudales. También pertenecen a ellos los propietarios, los rentistas que viven burguésmente... Burgueses son también los profesionales libres en la significación tradicional. Todas esas características surgieron de la ilimitada gran familia de directores de empresas, quienes formaban numéricamente lo grande de esta clase: ellos, propietarios o administradores de los medios de producción independientes, que se servían del trabajo asalariado, lograban de ellos los medios fundamentales para su subsistencia y se apropiaban sobretudo la ganancia comercial e industrial. Una polifacética familia de financieros, navieros, propietarios de manufacturas, comerciantes en grande y pequeño hasta la última fila de las pequeñas categorías, hasta los propietarios de comercios y talleres, hasta los artesanos independientes."¹³ Soboul ratificó sus posiciones: es fundamental la cuestión de que el viejo sistema de producción fué destruido y que la revolución introdujo la libertad de los empresarios y de la ganancia sin limitación alguna, con lo cual le dió vía libre al capitalismo. Se precisó así mismo, que el triunfo sobre el feudalismo y el antiguo régimen no tenía que significar la aparición inmediata de nuevas relaciones sociales y nuevas estructuras económicas, ya que tras diez años de revolución era patente que ni la sociedad era esencialmente burguesa ni la economía específicamente capitalista. Que el proceso hacia el capitalismo no podía ser algo sencillo, en el cual los elementos capitalistas se desarrollaban en el seno de la vieja sociedad hasta el instante en que se encontraran suficientemente maduros para saltar el marco de su desarrollo. Debería durar mucho tiempo hasta que el capitalismo terminara por imponerse, pero lo fundamental se había logrado: asegurar la autonomía del sistema de producción capitalista y con ello la nueva organización de la producción y del intercambio y todo ello serían transformaciones revolucionarias por excelencia, de lo cual incluso la historia a lo largo del s. XIX y especialmente la del movimiento obrero había demostrado que no se trataba de un mito.

¹³ Ernst LABROUSSE: "Voies nouvelles vers une Histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIIIe et XIXe siècles", en: *Relaciones del X Congreso internacional...* ob. cit., Vol IV, p. 365.

Así las cosas la escuela clásica había salido avante y consolidado sus posiciones hasta mediados de los sesenta. Mayo del 68 y los posteriores acontecimientos políticos europeos cambiaron significativamente la situación. La izquierda que preconizaba el modelo revolucionario como alternativa de cambio de la situación en el continente y en el mundo, enlazando en el discurso 1789 con 1917 y con el porvenir revolucionario inmediato, se encontró de repente ante una situación no tan clara y mucho más confusa.

En medio de este caldeado ambiente, dos autores franceses Francois Furet y Denis Richet publicaron el libro *La Revolución Francesa*¹⁴ en el cual formularon hipótesis que han dado pie para la discusión contemporánea.

Para ellos la explosión revolucionaria se habría originado en la falta de voluntad de parte de Luis XVI para introducir compromisos y reformas modernizantes durante su reinado y por lo tanto no respondía tanto a una necesidad histórica, sino más a un accidente. Dos conceptos básicos animan esta interpretación. De una parte la revolución habría sido una "revolución de las élites": la revolución de la Ilustración, la revolución de 1789.¹⁵ Es decir, que a lo largo del s. XVIII y bajo el influjo del Iluminismo se abrió un acercamiento progresivo de las élites burguesa y aristocrática en torno a la lucha por mayores libertades políticas (en contra del absolutismo real), su rechazo a las masas populares y consecuentemente a la posibilidad de la aplicación de una amplia democracia que permitiera la participación del "populacho". Los hombres del 89 se hallaban impregnados de las ideas de reforma, tanto en el espíritu del liberalismo aristócrata o del pensamiento burgués. Ello habría permitido una "concordancia táctica contra el absolutismo", una alianza provisoria de las diversas fuerzas sociales dirigentes en el transcurso de la revolución. De manera que ya antes de 1789 la revolución estaba concebida en estas cabezas ilustradas y las decisiones de los Estados Generales y el estallido de la Revolución habrían sido, entonces, resultado de esa toma de consciencia y por lo tanto, las ideas de la Ilustración habrían sido la fuerza motriz. El año 89 habría sido pues, el resultado de esta toma de consciencia por parte de las élites y por ello una revolución de la ilustración en la cual las ideas habrían demostrado su potencia transformadora: "La Revolución de 1789 resultó del evidente proceso de toma de conciencia de las élites, lo cual se produjo tras un largo camino. Primero logró la conciencia su autonomía frente al orden político, luego logró ella el necesario control del poder y la unanimidad en la conciencia, en todo lo cual la nobleza jugó el papel de un iniciador y educador; unanimidad que se expandió a la riqueza-

¹⁴ F. FURET y D. RICHEL: *La Révolution*, 2 Vols. Paris 1965, 1966; nueva edición en un tomo: *La Révolution Française*, Paris 1972.

¹⁵ La idea es presentada por Richet en su artículo: "Autour des origines lointaines de la Révolution Française: élites et despotisme". en: *Annales E. S. C.* No. 1. 1969. p.1 ss.

za, la propiedad y al talento. Esta fué la revolución de la Ilustración."¹⁶

Este primer punto fué controvertido planteando que la Ilustración no cumplió jamás ese papel unificador y homogenizador y subrayando no sólo el carácter ampliamente pragmático de los postulados de la Ilustración, así como la heterogeneidad de sus concepciones y los muy diversos influjos que irradiaron sus autores. En el caso de Montesquieu Althusser señaló "la paradoja de la posteridad"¹⁷ de este teórico de la reacción aristocrática, al cual sin embargo, no sólo los Constituyentes del 89 sino también Marat y Saint Just reivindicaban. Algo similar sucedía con Rousseau; es bien conocido cómo alimentó las posiciones del jacobinismo, a la vez que era fuente doctrinaria de la contrarrevolución. Además, para los "clásicos" era sencillamente inadmisibile que un proceso de tal envergadura fuera jalado por fuerzas superestructurales. El mismo Richet aseguró¹⁸ que las élites se dividían en una cuestión esencial: el mantenimiento del privilegio feudal (privilegio de características económicas, extraeconómicas y políticas en beneficio de un "status" especial para la aristocracia y la realeza). Investigaciones posteriores subrayaron esta dificultad de acercamiento de dos grupos sociales antagónicos: "la feudalidad francesa no quiso ni pudo integrar la intelectualidad y las nuevas fuerzas sociales. El estado no entendió la necesidad de realizar una política que fuera aceptable para la parte más dinámica de la Burguesía."¹⁹

El segundo punto básico de la obra de Furet y Richet fue el concepto del **desvío (dérapage) de la revolución**. Según los autores en el 89 aparecen tres revoluciones simultáneas:²⁰ La de la Constituyente (la expresión de las élites a través de los "cahiers de doléances" -cuadernos de quejas-); la revolución de las masas parisinas "que se levantan -en palabras de Furet y Richet- no para salvar la Convención Nacional, sino como consecuencia objetiva de su único interés: salvarse ellos mismos" y la tercera; la revolución de los

¹⁶ Ibid, p. 23.

¹⁷ Véase Louis ALTHUSSER: *Montesquieu. La politique et l'Histoire*, Paris 1959, (existe traducción española).

¹⁸ Véase el ya citado artículo de Richet: "Autour des origines..." ob. cit. p. 19.

¹⁹ J. MEYER: *Noblesses et pouvoirs dans l'Europe d'Ancien Régime*, Paris 1973, p. 253.

²⁰ A la pregunta sobre qué es lo que le sigue asombrando de la Revolución Francesa después de 35 años de estudiarla responde Furet: "... su carácter polimorfo. Esta revolución, a la que estamos acostumbrados a llamar la Revolución (como si se tratara de un fenómeno único, homogéneo, comprensible como un todo), presenta en realidad formas extraordinariamente múltiples y hasta contradictorias" véase: "La(s) Revolución(es) Francesa(s). Francois Furet entrevistado por Mona Ozouf, Jacques Juillard y Jean Daniel, en: *Vuelta* 16, año X, julio 1986, México. p. 54.

campesinos: "golpean duro en la puerta de la revolución Francesa, la que se demora en permitirles el paso."²¹ Queda claro que la única razonable (racional) sería la primera.

La discusión en torno a este punto fué ardua. Primeramente se demostró cómo las investigaciones modernas habían demostrado la alianza de facto establecida entre campesinado e intereses burgueses (ej. Lefebvre²²) o con las masas populares urbanas (Soboul²³) superando una visión ciertamente homogenizante y por lo tanto simplificadora del tercer estado muy propia de Jaurés. Lefebvre había destacado en su momento en la revolución del tercer estado la existencia de un componente campesino autónomo y maduro, mientras que sus alumnos, como Soboul, la existencia de una corriente popular urbana, los Sansculottes, también autónomos y maduros, así como las relaciones orgánicas surgidas en medio de la revolución entre las diversas capas sociales contra el privilegio feudal y las clases sociales sustentadas en el sistema feudal. O sea que el desvío popular (y sangriento) que habría significado la etapa jacobina, no era simplemente una aberración condenable, sino la consecuencia lógica de una identidad de intereses y de lucha frontal contra la reacción feudal interna y externa. Por lo cual, por otra parte, no existirían tres revoluciones sino una sola y que sólo la radicalidad jacobina, al barrer con la resistencia aristocrática y la endeblez burguesa, habría garantizado el surgimiento a lo largo del s. XIX de las formas liberales.²⁴

Naturalmente, lo que se expresa en el fondo de toda esta polémica es una radicalmente diferente base interpretativa: mientras que para Soboul y la escuela clásica, la Historia es considerada como un proceso gradual, inteligible y susceptible de explicación de acuerdo a determinaciones sociales; para Furet y Richet la historia se reduce a una sucesión de accidentes, hechos casuales y un proceso ininteligible en sus grandes desarrollos en donde no existen acontecimientos posibles ni necesarios.

²¹ F. FURET y D. RICHEL: *La Révolution*, ob. cit. pps. 106 y 120.

²² Lefebvre fué sin duda alguna el maestro por excelencia de las cuestiones campesinas durante la revolución; sus obras fueron numerosas y aquí podríamos citar: *Les paysan du Nord pendant la Révolution française* (1924); *Questions agraires au temps de la Terreur* (1954).

²³ *Problèmes paysans de la Révolution (1789-1848) Etudes d'Histoire révolutionnaire*, Paris 1976; *Die Sektionen von Paris im Jahre II*, Berlin 1962. *Las clases sociales en la Revolución Francesa*, Madrid 1971.

²⁴ No puedo dejar de mencionar aquí al maestro alemán Walter MARKOV y sus estudios sobre los enragés: *Jacques Roux oder vom Elend der Biographie*. Berlin 1966. *Die Freiheiten des Priesters Jacques Roux*. Berlin 1967.

En 1978 Furet publicó el libro "Penser la Révolution Française"²⁵. La idea fundamental de este libro y que lo lanzó definitivamente, hasta hoy, a la cabeza de la oposición a la escuela clásica se resume en la frase "la revolución ha terminado". Para Furet no existe hoy por hoy alternativa revolucionaria alguna y por lo tanto la alternativa de cambio planteada por los marxistas y la izquierda no tiene razón de ser.

Los argumentos de Furet al respecto se pueden resumir como sigue:²⁶ desde 1789 hasta 1968 siempre se había polarizado la historiografía de la Revolución Francesa en dos bandos: la derecha y la izquierda; pero en la última década dicha polarización se difuminó, no sólo por el agotamiento de las alternativas revolucionarias sino por el establecimiento de un piso intelectual común por fuera de los tradicionales esquemas interpretativos que privilegiaban lo socioeconómico. Por otra parte las pasiones políticas se han suavizado y la tradicional diferencia entre izquierda y derecha ya no es real; la izquierda ya no presenta opciones revolucionarias y sus planteamientos anticlericales y libertarios han poco menos que desaparecido,²⁷ a la vez que la derecha no es tan autoritaria y clerical como antes y sus planteamientos de política social pasan por rojos incluso para los republicanos (liberales) estadounidenses. También plantea que la gran meta de la revolución, el establecimiento de la democracia liberal, ya es un logro indiscutido desde comienzo del s. XX. Termina sosteniendo que la política ha dejado de ser de principios para convertirse en pragmática y buscar soluciones en pro del bien común.²⁸ La conclusión es entonces que la revolución ha terminado en tanto todas sus metas han sido logradas y en el horizonte no aparecen alternativas de cambio revolucionario radical.

Si bien, no sólo para los latinoamericanos, sino también para los franceses, un diagnóstico tan optimista pareciera por lo menos magnificar un estado de cosas más débil y efímero de lo que lo considera él, es también cierto que Furet apunta a realidades contemporáneas

²⁵ Hay traducción española: Editorial Pretel, Barcelona 1980. Hemos consultado la edición francesa gracias a la generosidad de la Biblioteca de la Alianza Francesa en Bogotá.

²⁶ La bibliografía de Furet es de muy difícil acceso en nuestro medio; sus posiciones y comentarios pueden ser consultadas en entrevistas y artículos: "La revolución en lo imaginario político francés", en: *Revista de Occidente*, No. 41, Oct. 1984. "Histoire de l'idée révolutionnaire. Propos recueillis par Francois Ewald" en: *Magazin Littéraire*, No. 258, Oct. 1988; "La(s) Revolución (es)..." cfr. nota 20. La revista *Annales*, E.S.C. ha recogido en los últimos años profusamente su posición y la de sus discípulos así como la discusión.

²⁷ Véase especialmente al respecto su artículo: "La Revolución en lo imaginario político francés", pp. 47-51.

²⁸ Con el riesgo de esquematizar y empobrecer el pensamiento del autor, esto es lo esencial de su argumento expuesto en la primera parte de su libro *Penser la Révolution*, en la segunda presenta las etapas y materiales que le permitieron llegar a esa tesis.

que bien le sirven de sustento a sus tesis. Estas perplejidades a las que nos estamos enfrentando (para citar algunas, el nuevo papel de los credos religiosos en relación con la política, el despertar de las etnias y movimientos supranacionales, para no mencionar las reformas en los países del este y las revoluciones acontecidas a lo largo del año del bicentenario en estos países) harán con seguridad volver la vista sobre la Revolución Francesa, como gran tubo de ensayo que fué de los procesos y particularidades que dominan la historia contemporánea. Es que con razón se la sigue considerando como el acontecimiento que inauguró la modernidad en occidente. La polémica continúa, a la obra *Penser la Révolution* respondió Soboul con su *Comprendre la Révolution* (1981)²⁹ y los discípulos de Soboul mantienen la polémica encendida.³⁰ La gran conclusión por el momento, a la espera de nuevas y renovadas elaboraciones de la utopía que siempre anima al género humano hacia mejores condiciones de desarrollo histórico-social, es que la conexión directa establecida entre la Gran Revolución Francesa y los procesos acontecidos en los 'países del este' a lo largo del siglo XX ha resultado, por decir lo menos, problemática, en cuanto se asumieron de ella los aspectos más negativos y se dejó de lado lo que había significado precisamente de grande en el desarrollo del género humano. Precisamente por ello, la Revolución Francesa tendrá que seguir siendo objeto de estudio para comprender mejor nuestro presente.

²⁹ Hay traducción al español: *Comprender la Revolución*, Editorial Crítica, Barcelona 1983.

³⁰ En torno a la conmemoración del Bicentenario se expresaron las más diversas opiniones reflejadas en la prensa francesa y una amplísima bibliografía a la que no hemos tenido acceso. Las opiniones variaban entre una como "no hay nada que celebrar y tengo pena de la revolución" (Pierre CHAUNU, en: *Le Monde de la Revolution Francaise*, No. 4, Abril 1989 p. 26) y "saludo la totalidad de los acontecimientos de los años 1789 a 1799... Años de balas, de sangre, de sueños y de anticipaciones. La revolución es un todo, tal como lo es la vida, con lo inspirador y lo inaceptable, con esperanza y miedo, violencia y fraternidad." (Francois Mitterand, presidente francés, en: *Time*, Mayo 1989, p. 12). En la esfera de lo académico ver por ej. el número especial de *Cahiers d'Histoire de l'Institut de recherches marxistes* No. 32, 1988 y Juan CALATRAVA (ed.): *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del Antiguo Régimen*, Akal Editor, Barcelona 1989.

